

definición de lo que sea una pequeña y mediana empresa, cosa poco clara en la mente de muchos, ya que sólo se suele atender para definirla a criterios cuantitativos y se suelen olvidar los criterios cualitativos, mucho más importantes.

Precisamente la independencia de los grandes grupos financieros, oligopolíticos, multinacionales y estatales es la característica más importante y decisiva que debe entrar en la definición de la pequeña y mediana empresa. Porque puede ocurrir que una empresa comercial de cien trabajadores pertenezca a una multinacional, y —en este caso—, a pesar de su pequeño tamaño, no podría ser considerada entre las pequeñas y medianas empresas, ya que su orientación y su política comercial o industrial dependerían no de su pequeña estructura, sino de una gran organización empresarial multinacional con criterios de gran empresa.

A través de los restantes capítulos se estudia sucintamente la situación de este tipo de empresas en otros países, su organización, financiación, política empresarial, política fiscal y crecimiento. Termina este libro, de 120 páginas, con tres Apéndices: el Instituto de la Pequeña y Mediana Empresa, un organismo que está en ciernes y puede ser muy importante para el empresario si se orienta y estructura bien; se explica también en qué consisten las Sociedades de garantías mutuas, que pueden ser un cauce de apoyo a la realización de operaciones grandes que hoy no pueden llevar a efecto estas empresas con sus propios medios, y, por último, se dedica un Apéndice al **Facto económico de la Moncloa**, en el cual, catorce veces se alude a los apoyos que debe recibir la pequeña y mediana empresa, y que todavía no hemos visto cumplidos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## Carlos Barral: Memoria, culpa y escritura

Creo que lo único sensato de todo el *affaire Semprún* era que presentaba sus Memorias como si se tratara de una novela: invitaba a una lectura inocente, distante, ajena. Esa discusión precederá e inútil que se establece siempre entre el lector y los libros de Memorias al único nivel ilícito en literatura: al de la realidad. *Los años sin excusa*, segundo tomo de las Memorias de Carlos Barral, puede desatar los mismos errores, la misma extraña polémica.

Como una novela, pues, prefiero leer *Los años sin excusa*. O como unas Memorias de otros tiempos, que me involucran como el diario de Kafka o el de Anaïs Nin.

Se trata, pues, de un personaje, editor, escritor, poeta, en la España de los años cincuenta. El texto, supuestamente escrito casi veinte años después, habla de un personaje-autor de alguna manera en la atalaya de todas las virtudes o en la de todos los vicios. Quiere esto decir que, como en la mejor tradición de la novela española, en la picaresca, el personaje habla del pasado, pero no cuenta una historia lineal en presente: se sirve de esa experiencia, desde la infancia, desde los orígenes, para explicar su situación actual. Se coloca fuera, como el Guzmán de Alfarache, como el Lazarillo: más allá del bien y del mal, y cifra la experiencia sufrida en la herencia cultural recibida, en el mundo heredado y manifiesto, las claves para la comprensión del hombre que, al final, se escapa gloriosamente de cualquier juicio moral.

Carlos Barral cuenta la histo-



Carlos Barral.

ria cerrada de una importante empresa y de cómo ésta hizo agua. Era la invención y puesta en marcha de una cultura, en torno a la más importante de las editoriales de la posguerra española, insólita en su mundo. Una empresa que no aparece sin embargo como épica. El libro está escrito viendo lo ocurrido desde mucho más tarde. Y en esa maquina que selecciona, el pasado como un todo informe levanta sus cabezas, y el tiempo es flexible, va y viene en unas historias ligadas más por la huella —la experiencia, el aprendizaje— que por la exactitud cronológica, y más por la reivindicación del gesto y el gusto y el personalísimo criterio, que por el intento, de

otro lado inútil, en la imposición de cualquier verdad. Ni siquiera la del tiempo se trata de imponer aquí, en un testimonio del funcionamiento del recuerdo.

El objeto de esta novela está, precisamente, en una confesión. El personaje, años más tarde, acuciado por una prematura sensación de muerte, siente necesidad de dejar testigos, de hacer palabras de explicación. Y si en el tomo que precediera a éste intentó el personaje —que contaba la historia muy por extenso— dejar constancia de marcas sufridas en un cataclismo, en una guerra civil vivida en la infancia, y de una educación pervertidora y hostil, jaleada por lecturas de contrabando e iniciaciones difíciles, en ésta, sin renunciar a aquel aprendizaje, ni a los mitos que dejó en su persona, habla de las primeras actuaciones y trabajos libres, de esas intervenciones activas, voluntarias, y de cuantas verdades asediaron su comportamiento de adulto. Habla de los personajes que le rodearon, de cómo recuerda a los personajes que le rodearon. Y nunca afirma el ser, sino el parecer.

Como todas las novelas, *Los años sin excusa* se relaciona oblicuamente con la realidad exterior. De ella ha recogido el palpito de una época particularmente difícil para los españoles, el engranaje cultural oficial y extraoficial, en un *impasse* de cuya salida el protagonista fue uno de los principales responsables. Y hay una especial impiedad consigo mismo, en estas confesiones cargadas de esa oscura culpa. Es, en suma, un hermoso y terrible testimonio de nuestro pasado reciente. ■ ROSA MARÍA PEREDA.

## La negritud de Boris Vian

A los treinta y nueve años de edad murió el hombre-orquesta —era escritor de novelas y cuentos, músico y crítico de "jazz", "chansonniér" de cabaret, poeta, experto en mecánica automóvil, ingeniero, maestro en patafísica y muchas cosas más— que llevaba por nombre Boris Vian. Era más polifacético que Jean Cocteau, y también mucho más divertido; sus amigos dicen que poseía, entre otras cualidades, una inmensa ternura. Murió de una misteriosa afección cardíaca, al parecer de origen reumático, que venía soportando desde hacía años, un día 23 de junio de 1959, mientras asistía a un pase privado de la película que se había hecho sobre su novela "Escupiré en vuestras



Boris Vian.

tumbas". La película era bastante floja, y había sido realizada sin su supervisión, pero no cabe suponer que Vian muriese por la vergüenza de verla; hubiera resultado un gesto demasiado patafísico.

"Escupiré en vuestras tumbas" (1) acaba de ser publicado en castellano y es la primera novela que publicó Vian —que antes había escrito ya "Vercoquin y el plancton" (2)—. Le ganó la ambigua fama que sería su destino en esta tierra: a la vez de novelista muy dotado, pues tuvo un notable éxito de crítica, y de fantasista extravagante y escandaloso. Y esto, gracias a la misma historia editorial de la novela: Vian la escribió para una colección destinada a publicar novela negra americana y no la firmó, limitándose a aparecer como traductor. El texto original fue atribuido a un negro americano, Vernon Sullivan, que no había podido publicarla en su país de origen por problemas de censura. El escándalo estalló muy pronto en Francia: su lenguaje crudo, el erotismo rayano en la pornografía de algunas escenas, así como la brutalidad de otras muchas, hicieron que el famoso sector bienpensante del público la considerase un verdadero ultraje a la moral y a las buenas costumbres; mientras, un importante sector de la crítica especializada la ponía por las nubes, considerándola una obra maestra del "famoso escritor Vernon Sullivan". Un tal Daniel Parker, representante de un grupo de ciudadanos honestos e indignados, presentó una demanda judicial contra el libro y su autor. Vian tuvo que presentarse ante el juez. Resultado: su editor y él hubieron de pagar 100.000 francos, por ofensas a la moral y, por otra parte, algunos de los críticos que habían

(1) Azanca-Júcar. Traducción de Juan Alcover.

(2) Ediciones Félmar, "La Fontana Literaria".